

**LOS PELOS DE LOS PELADOS**

**L**os pelos de los pelados están pero no se ven. A veces son muy débiles o muy cortos. «Por eso se rapan los pelados», me dijo papá. «Así la cabeza les queda pareja». Un hombre nos había frenado en la puerta del estacionamiento para preguntarnos por el cajero más cercano. No tenía pelo. Su cabeza brillaba bajo el sol de diciembre. *¿Qué estaba diciendo papá?* No parecía decírmelo a mí aunque tenía que ser así porque estábamos solos. Llegamos a la avenida. Me aflojé la hebilla de pelo que me ajustaba. Papá me agarró de la mano para cruzar. Cuando el semáforo se puso en rojo, me soltó y avanzó sobre las líneas blancas solo. Justo al revés de lo que hacía antes. Todo en él, desde el accidente de Mateo, era diferente. Había bajado de peso; así flaco parecía más alto, más liviano. Lo vi avanzar con mi bolso naranja, flotaba, era un fantasma en la cuidad.

Entramos a la habitación que ocupaba Mateo en la clínica. Me metí al baño para tirar el chicle. No me gustaba masticar ahí. Era como tragarme el olor a desinfectante que inundaba los pisos, o morder el suero que colgaba del brazo de mi hermano, peor, era como comerme el aire de los enfermos, metérmelo adentro... Lo tiré en el tacho. Vi

cómo el chicle rosa voló hasta pegarse a los pelos castaños, oscuros, que había en el fondo de la basura. Pelos que habían estado en la cabeza de Mateo. Pelos que cuando saliera del baño para saludarlo no iban a estar ahí, caídos sobre su frente. Lo había olvidado. Otra vez iban a estar las cicatrices sobre su cabeza. Las líneas que hundían su piel creando semicírculos perfectos, hechos por un compás. Cerré la puerta. Permanecí en el baño. No lo había pensado antes, en la avenida Papá estaba hablando de Mateo. Eso quería decirme en ese idioma nuevo que había ensayado todo el año: «Los pelados no siempre son grandes». Casi siempre. A Mateo lo rapaban cada vez que lo iban a operar. Habían sido cinco veces durante el año y las últimas tres se venían ahora. Me senté en el piso. A los pelados de quince años como mi hermano no se les dice pelados, no se les dice nada. Son ojos y ojos abiertos, quietos, mirando las marcas en su cabeza sin decir nada. En la plaza, en la calle y en el colectivo. En la escuela no porque la directora había dicho, curso por curso, que no debíamos mirar a Mateo de modo extraño cuando se reincorporara. En el patio del recreo los ojos de la calle desaparecían y aparecían las espaldas. Eran un montón.

En el baño de la clínica nadie me molestaba. Ni se daban cuenta de cuánto podía tardar. Hacía un año que los horarios y los lugares eran los de Mateo. *¿Cómo iba a ser la vida ahora en ese pueblo en el medio de la nada?*

Sentí hambre. Ganas de comer una pizza, entera, yo sola. Ganas de irme, pero no a Tres Lagos. La noche que Mateo volvió a casa después de la primera cirugía, mamá

había preparado pizza para festejar. Esa noche, me senté en mi lugar, al lado de Mateo, como siempre. Hablamos de una película vieja de la que ninguno se acordaba el nombre. La habíamos visto en el cine de Tres Lagos con los abuelos un verano. Mateo comió despacio. Mamá le había cortado la pizza. Lo vi llevarse el tenedor a la boca sin la dificultad que tenía en la clínica. Lo vi masticar una y otra vez. Algo le sobresalía por el costado de la cara. Como un hueso extraño que empujaba su piel. Él parecía no darse cuenta. No pude comer. Al día siguiente mamá ocupó mi lugar en la mesa, sin decir nada. Desde la ubicación nueva, de frente, no había manera de ver algo extraño en él. Mamá lo miraba con amor. Como si no hubiera nada distinto en él. Ningún hueso extraño. Nada roto. Papá, en cambio, parecía que se había quedado a vivir en la clínica. Su cuerpo estaba en la cocina, a mi lado en la mesa, pero él no.

Solté mi pelo frente al espejo. Lo vi más colorado. El sol del verano lo volvía así, como encendido. Me hice una trenza, una y otra vez, hasta que quedó perfecta. Cuando tenés un hermano los recuerdos no son enteros. Son mitades. Una mitad es lo que viviste vos y la otra mitad es lo que estaba haciendo tu hermano al mismo tiempo. ¿Qué estaba haciendo yo cuando ocurrió el accidente? Estaba eligiendo un vestido para mi cumpleaños de doce. En el local, mamá me alcanzaba algunos estampados con flores. Yo quería que fueran lisos y más cortos. Me ponía un vestido y abría la cortina del probador para que me vieran. Me lo sacaba, pasaba otro por mi cabeza

y lo mostraba. Del otro lado, cada vez que deslizaba la cortina estaban mamá y la vendedora ansiosas para ver más el vestido que mi cara. Opinaban. Eso fue lo que pasó pero ahora en mi recuerdo me pongo el vestido, abro el probador y puedo ver la esquina de casa: mi hermano está por cruzar la calle con los auriculares puestos. Cierro la cortina. Vuelvo a quedar sola, desnuda, frente al espejo. Me saco el vestido, me pruebo otro, abro y puedo ver una moto que dobla a contramano por detrás de Mateo, cierro con desesperación la cortina, otro vestido, abro y el colectivo logra esquivar a la moto pero impacta en Mateo. Lo arrolla. Cierro el probador y ya no hay sitio donde meterme en este abrir y cerrar de cortina porque el recuerdo es un invento y es real porque yo no estoy ahí con Mateo pero es como si estuviese, estoy en esa calle en el piso con él, estoy en la cama de la clínica con el sudor colgando, soy el chicle pegado a sus pelos en el tacho de basura y siento que me ahogo.

—Cuidado —dijo papá.

Atajó la puerta del baño antes de que le pegara en la cara.

—Perdón. No te vi...

—Casi me estampás contra la pared.

Me acerqué a la cama de Mateo. Dormía, no fue necesario saludarlo. Mamá, sentada al lado de la ventana, estaba distinta, tenía el pelo recogido con un broche y el cuello descubierto. Su piel brillaba. Me pareció que no tenía corpiño puesto, que no se había bañado. Mamá siempre estaba linda. Triste y linda.

—¿Tenés todo? —preguntó.

—Sí.

—No le pidas plata a los abuelos.

—Ya me dijiste.

—Si te falta me avisás.

—Me falta.

—Ananké...

Mamá sonrió y yo copié su sonrisa. Después giró otra vez su cara hacia el ventilador. El humor con mamá era verbal, contestaciones que sabíamos fuera de lugar, apenas corridas de lo que se espera. Mate dormía boca arriba. Con él siempre había estado el cuerpo. Los empujones, las cosquillas, el cuerpo en movimiento que aplasta, muerde, saca, hace doler. Desde el accidente el cuerpo de Mateo era otro. No se podía golpear. Habíamos dejado todo tipo de juego físico, de contacto. Se había convertido en el cuerpo del peligro. En casa no se hablaba de eso, no se hablaba de nada. Ni del miedo, ni de la incertidumbre que se había abierto: existe la muerte también para nosotros. El cuerpo de mi hermano traía esa verdad.

—Le digo que viniste —dijo mamá en voz baja—. Aprovechen.

Lo miró a papá como dándole una orden más directa.

—Que coma algo que el viaje es largo —dijo.

El fantasma de papá se había desplomado sobre el sillón.

—No van a llegar —insistió mamá casi en un susurro.

—Decile que vine —contesté.

—Le digo, sí. Pasala lindo. Cuando te quieras acordar estoy ahí con vos.

—Bueh... son dos meses, mamá.

—Dale, ponle onda.

—¿Por qué no me puedo quedar? —dije lo más bajo que pude.

—Ya lo hablamos... No vas a querer volver, vas a ver.

—No los conozco. No quiero ir.

—Son tus abuelos.

La miré en silencio. Me detuve a tiempo. Justo antes de decir algo que pudiera lastimarla.

—¿Puedo volver para el cumpleaños de Juliana?

—No. ¿Te salieron más pecas?

—No sé. ¿Puedo llevarme el celular de Mateo?

—Sí, te salieron más.

—¿Y, puedo?

—No te vas a llevar nada de acá, basta, andá.

—¡Si no lo usa!

—Chau, dame un abrazo.

Me acerqué y le di un abrazo largo. Busqué el bolso naranja. Pesaba bastante aunque en ese momento sentí que me faltaban la mitad de las cosas, que no llevaba nada a lo de los abuelos, o que lo que llevaba no era suficiente, que tenía que volver a casa. Papá me hizo un gesto con la mano para que nos fuéramos. Caminó hacia la puerta. Lo seguí. Antes de salir de la habitación escuché a Mateo toser. Una vez, salí, dos veces, caminé por el pasillo, tres... se estaba despertando, apuré el paso.